

*Geografía y violencia. Una aproximación conceptual
al fundamento espacial de la violencia*, de Fabián González Luna

Adriana Franco Silva *

Desde las primeras décadas del siglo xx, Antonio Gramsci se preguntaba las razones por las cuales las luchas sociales no lograban derrotar al sistema imperante. Parte de la respuesta se vinculaba con el superficial entendimiento del sistema de dominación en el que vivía, lo cual no permitía desarrollar verdaderas alternativas, sino que sólo reproducía las estructuras de poder dentro de la misma lucha. En prisión, Gramsci pudo reflexionar sobre la manera en que la hegemonía se difundía, comprendiendo que ésta iba más allá del “control absoluto” del sujeto hegemónico, debido a que pasaba por la sociabilización. Así, Gramsci estudió la relevancia de la producción de patrones de conducta que se gestan a nivel social, por medio del consenso y la coerción, y que reproducen la hegemonía.¹

En análisis más contemporáneos, la hegemonía se ha estudiado desde dos dimensiones principales: la de la competencia, vinculada con la lucha de poder entre los sujetos que aspiran a dirigir y organizar las reglas del juego; y la de la reproducción, es decir, “el ámbito de la dominación social, de la reproducción de subjetividades, de relaciones sociales, de ordenamientos simbólicos, de concepciones de mundo y sentidos comunes”.² Este entendimiento de la hegemonía nos permite comprender las dinámicas y engranajes que contribuyen al funcionamiento del sistema mundo capitalista en relación con los intereses de una pequeña élite político-económica.

Henri Lefebvre señalaba que el capitalismo sobrevive a través de la reproducción del espacio, el cual es socialmente producido y sirve para la dominación.³ El libro

* Maestra en Estudios de Asia y África por El Colegio de México y licenciada en Relaciones Internacionales por la UNAM. Secretaria técnica de Investigación del Centro de Relaciones Internacionales de la FCPYS-UNAM. Miembro del Observatorio Latinoamericano de Geopolítica del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM. Correo electrónico: adriana.franco@colmex.mx

¹ Véase Antonio Gramsci *et al.*, *Selections from the Prison Notebooks*, International Publishers Co., Nueva York, 1971.

² David Herrera Santana, *Hegemonía, poder y crisis. Bifurcación, espacialidad estratégica y grandes transformaciones globales en el siglo XXI*, Monosilabo, Ciudad de México, 2017, p. 13.

³ Véase Henri Lefebvre, “La producción del espacio” en *Revista de Sociología*, núm. 3, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona, 1974, pp. 219-229.

Geografía y violencia. Una aproximación conceptual al fundamento espacial de la violencia se inserta justo en este debate y constituye el tercer ejemplar de la colección Espacio, dominación y violencia del Seminario sobre Espacialidad, Dominación y Violencia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. El texto es fundamental para el internacionalista debido a que proporciona herramientas teórico-metodológicas para entender las dinámicas prevalientes en la producción del espacio y la praxis de la violencia, como aspectos fundamentales de las relaciones sociales y de poder.

El estudio se hace desde la perspectiva de la Geografía; sin embargo, el autor resalta desde el principio que lo que se busca es fomentar un diálogo interdisciplinario que permita comprender las estrategias a partir de las cuales se espacializa la violencia, lo cual permite ejercer una dominación sobre los territorios y las personas en beneficio de la reproducción del sistema capitalista. González Luna señala que la espacialización de la violencia y la producción del espacio se generan a partir de la praxis social y disgrega la violencia en sus tres dimensiones (directa, estructural y simbólica) para escudriñar las dinámicas entre ésta y las prácticas sociales. Asimismo, entiende al espacio como “una mediación y resolución de las contradicciones internas e inherentes a la lógica de reproducción del orden social”⁴ en el sistema capitalista.

Las referencias con las que González Luna inicia su libro demuestran que los enfoques con los que interpreta a la violencia no son reducidos; es decir, no sólo hace un análisis o descripción de la violencia subjetiva, que es fácilmente visible (como los asesinatos, las torturas, las violaciones, entre otras), sino que también resalta las acciones que atentan contra la vida y bienestar de las personas, como el hambre, la insalubridad, los bajos niveles de acceso a la educación y, en general, la inseguridad y el nulo desarrollo humanos.⁵

En esta obra, la teoría es vista como el eje rector del proceso de investigación. De tal suerte, se arguye que ésta no sólo responde a una consecuencia abstracta, sino que es resultado de lo que se mira y significa, de las acciones de los sujetos, de la praxis social. Por tal razón, así como la reproducción del espacio y las prácticas de la violencia se configuran en relaciones dialécticas entre las bases reproductivas y nuestra capacidad creativa, la teoría también se va a construir dentro del proceso de la estructura-estructurante en el marco de las relaciones sociales de producción.⁶

En el primer capítulo intitulado “La producción espacial como clave epistemológica” se considera, siguiendo a Lefebvre, que el espacio no es neutral y que

⁴ Fabián González, *Geografía y violencia. Una aproximación conceptual al fundamento espacial de la violencia*, Monosilabo, Ciudad de México, 2017, p. 14.

⁵ Para un análisis más profundo del término seguridad humana, véase Sandra Kanety Zavaleta Hernández, “Algunas notas sobre la seguridad humana” en Edmundo Hernández-Vela Salgado (ed.), *Política internacional. Temas de análisis I*, FCPYS/SITESA, México, 2010.

⁶ Fabián González, *op. cit.*, p. 11.

hay intenciones específicas en su estructura. Así, el espacio es histórico, político, estratégico y depende de los procesos sociales de las diversas comunidades que lo habitan. En la construcción espacial no hay un proyecto único, hay diversos intereses, los cuales, en algunos casos, pueden ser contradictorios. Pero el espacio y las comunidades que lo habitan siempre se mantienen en una relación dialéctica de construcción, y es justo “a partir de las formas, funciones y estructuras espaciales (que) se puede dar cuenta de las formas de organización de la vida social y algunas problemáticas específicas. Es a través del espacio que se aprehende al sujeto histórico que lo produce”.⁷

La estructura espacial no es estática, aunque puede perdurar por más tiempo que las relaciones socioeconómicas. Por esta razón, es más fácil vislumbrar en ellas las contradicciones de los diversos modos de producción. Cada sociedad produce su espacio; sin embargo, el preponderante, “el de los centros de riqueza y de poder, se esfuerza en moldear los espacios dominados de las periferias y mediante el uso de acciones a menudo violentas reduce los obstáculos y todas las resistencias que encuentra”.⁸

A pesar de que en un periodo determinado una estructura espacial pudo haber sido indispensable para la acumulación capitalista, en otro periodo histórico ésta puede obstaculizar la reproducción del sistema, por lo que se procurará crear una nueva espacialización. “La producción de la vida social requiere generar un orden superestructural (político, jurídico y social) que regule y controle las fuerzas de producción en función de la lógica del modo de acumulación dominante”.⁹

La producción del espacio se basa en una praxis creadora. Sin embargo, actualmente ésta se limita a una práctica social repetitiva que responde a las necesidades de reproducción, apropiación y concentración de valor que homologa los procesos de producción de la vida social bajo la lógica del capitalismo. Así, las fuerzas productivas se desenvuelven en función de las necesidades del capital y, por lo tanto, la vida social se subordina a las dinámicas de acumulación.

A pesar de lo anterior, el capitalismo ha promovido la pulverización del espacio debido a la apropiación y acceso jerarquizado que se tiene de los diferentes fragmentos. De esta manera, se parte del principio de que el espacio, como toda producción capitalista, no tiene una distribución homogénea, sino que presenta formas, funciones y estructuras desiguales acordes con las necesidades de las condiciones generales de la (re)producción. Este aspecto marca un uso diferencial y discriminado del propio espacio, lo cual genera una organización espacial jerarquizada y dividida.¹⁰

⁷ *Idem.*, p. 27.

⁸ Henri Lefebvre, *La producción del espacio*, trad. de Emilio Martínez Gutiérrez, Capitán Swing, Madrid, 2013, p. 108.

⁹ Fabián González, *op. cit.*, p. 55.

¹⁰ *Ibidem*, p. 44.

El acceso diferenciado al territorio, que se acompaña de un desarrollo geográfico desigual profundo, permite analizar las formas en las que el espacio se instrumentaliza para subordinar y controlar. Así, un espacio que es representado bajo los parámetros de la criminalidad generará una imagen negativa de las personas que lo habitan y viceversa. Lo anterior permite que haya soluciones espaciales de las crisis capitalistas; no obstante, éstas sólo postergan las contradicciones inherentes al capitalismo. Además, debemos considerar que en la representación del espacio se crean discursos hegemónicos, pero también resistencias y alternativas, porque “el capitalismo es sólo un modo de organización social, el más contradictorio que se conoce, dentro de un universo de posibilidades”.¹¹

En su segundo capítulo, “Fundamentos teóricos para pensar la violencia”, González Luna afirma que “toda ciudad capitalista es esencialmente un espacio de violencia”.¹² De hecho, los Estados modernos se fundaron con el uso de la violencia estructural, la cual se ha convertido en una mediación del orden histórico de la cotidianidad, debido a que la propiedad privada, acompañada de formas violentas de despojo, ha negado la reproducción social colectiva.

La violencia de la reproducción capitalista ha sido naturalizada porque, como señala Mamdani, no toda la violencia horroriza a la modernidad, sino sólo aquella que no se entiende ni se aclara bajo sus herramientas teórico-metodológicas, porque le parece insensata¹³ o porque los poderosos del orbe la distinguen como un obstáculo para sus intereses. De tal suerte, González indica que las razones de la violencia no deben ser justificadas bajo la idea de que todas y todos somos naturalmente violentos, sino que se deben entender las causas y vincularlas con la manera en la que se ha reproducido el capitalismo en el mundo.

A pesar de que la violencia también es producto de la praxis social, ésta se entiende y depende de las condiciones históricas y materiales en las que se desarrolla, debido a que tiene finalidades particulares.¹⁴ Así, las relaciones violentas se deben politizar, lo cual, según Santos, “significa identificar relaciones de poder e imaginar formas prácticas de transformarlas en relaciones de autoridad compartida”.¹⁵

Para el autor, la violencia es instrumento de un proyecto de dominación que impone un orden sociopolítico y económico que también se enfrenta a resistencias.

¹¹ Ana Esther Ceceña, “Poder, emancipación, guerra y sujetidad” en Efraín León Hernández (coord.), *Praxis espacial en América Latina. Lo geopolítico puesto en cuestión*, Itaca, México, 2017, p. 52.

¹² Fabián González, *op. cit.*, p. 69.

¹³ Mahmood Mamdani, “Darle sentido histórico a la violencia política en el África postcolonial”, *dossier*, Centro de Investigación y Docencia Económicas, México, 2003, pp. 48-49.

¹⁴ Fabián González, *op. cit.*, pp. 69-72.

¹⁵ Boaventura de Souza Santos, *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la postmodernidad*, trad. de Consuelo Bernal, Siglo del hombre editores, Bogotá, 2012, p. 332.

De esta manera, la violencia se vincula con las relaciones de dominación, porque su objetivo es transformar los componentes del mundo y la conciencia colectiva para dirigir el tejido social por medio de relaciones materiales y simbólicas. Por esta razón, “el análisis de la violencia debe sustentarse en las contradicciones de la vida material, resultado del conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción”.¹⁶

González desglosa la violencia en sus tres tipos: la estructural u objetiva, la directa o subjetiva y la simbólica. En general, menciona que la más estudiada ha sido la directa, debido a que es la más visible y porque es la mediación por excelencia del ejercicio de dominación violento. Ésta se piensa como patología, pero pocas veces se busca identificar cuál es su intencionalidad. Este tipo de violencia se deriva de la estructural, la cual, de acuerdo con Slavoj Žižek, es “la violencia inherente al sistema: no sólo de violencia física directa, sino también de las más sutiles formas de coerción que imponen relaciones de dominación y explotación, incluyendo la amenaza de la violencia”,¹⁷ así como la negación de los seres humanos como sujetos libres¹⁸ y capaces de generar las condiciones necesarias para su reproducción social.

“La violencia estructural es la utilización de medios coercitivos para la subordinación de una clase por otra con la finalidad de obtener una ganancia material. Proceso que toma forma en una explotación del humano por el humano”.¹⁹ El capitalismo requiere de la violencia estructural para su reproducción y para establecer que el valor de cambio sea el eje rector de la vida social, por eso este tipo de violencia es la que rige a las demás.

Por otro lado, la violencia simbólica se concreta en los discursos, porque se necesita de “mecanismos materiales e ideológicos de control extremadamente fuertes y eficaces, que a la vez que mantienen los privilegios de unos cuantos, disfracen a esta desigualdad estructural como un resultado histórico ineludible”,²⁰ justificando y legitimando el ejercicio de poder. La subordinación que acompaña a estas acciones también se basa en un discurso en el que las desigualdades son naturalizadas y vinculadas con las capacidades de las personas. Así, en algunos casos, la gente acepta la dominación por la esperanza de que en un futuro podrán tener acceso a una mejor calidad de vida.

¹⁶ Fabián González, *op. cit.*, p. 80.

¹⁷ Slavoj Žižek, *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, trad. de Antonio José Antón Fernández, Paidós, Buenos Aires, 2009, p. 20.

¹⁸ Bolívar Echeverría, “Violencia y modernidad” en Adolfo Sánchez Vázquez, *El mundo de la violencia*, UNAM/Fondo de Cultura Económica, México, 1998, p. 373.

¹⁹ Fabián González, *op. cit.*, p. 85.

²⁰ *Ibidem*, p. 85.

Los tres tipos de violencia interactúan y se refuerzan de manera activa. Por ejemplo, la violencia directa, que es relacionada con actos fuera de la “normalidad”, fortalece la estigmatización, la pulverización y el desarrollo desigual de los espacios y, por lo tanto, de las personas; es decir, esta violencia se vincula con la objetiva, que es la que le da sentido y la estructura.

La violencia subjetiva y su combate, en un contexto de creciente polarización y marginalización, también funcionan para marcar y señalar a amplios sectores de la sociedad (los más marginados), reforzando estigmas sociales que colocan a los pobres como criminales (concretos o potenciales) y a las élites como víctimas y, por lo tanto, como necesitados de protección estatal. Mientras que la violencia de los de arriba es tolerada, inclusive protegida, y reforzada, la violencia de los de abajo es utilizada para remarcar los mecanismos de subordinación y control social.²¹

De esta forma, el Estado ejerce violencia para proteger los intereses de los sujetos que tienen una posición de privilegio dentro de la lógica del sistema, debido a que ésta es vista como necesaria, “civilizada”, institucionalizada; mientras que la de los subordinados es vista como “salvaje” e irracional.²²

Así la creciente inversión pública en seguridad se destina para la protección de las actividades económicas, la circulación de capitales y mercancías (la realización del capital), y para la protección de la clase beneficiaria de la explotación del trabajo y la apropiación de los excedentes, incrementando la distancia socioeconómica entre las clases y reproduciendo la violencia estructural.²³

La violencia se acompaña del miedo, que es un instrumento de sujeción política y moral que busca disciplinar y ordenar los criterios y valores hegemónicos. Siguiendo a González, se puede resaltar que el temor puede tener dos consecuencias: 1) generar un adormecimiento social que fortalezca las dinámicas del sistema, o 2) producir cohesión entre los marginados. Los engranajes de la violencia han reafirmado las diferencias de clase y han producido un temor por perder cosas materiales e inmateriales, como ser catalogado dentro de los deciles más bajos de la sociedad. Asimismo, la violencia es reproducida por la misma sociedad, debido a que se han incrementado los procesos sistémicos de aislamiento e individualización, discriminación y repulsión.²⁴

En el tercer capítulo, “La espacialización de la violencia: esquema de aproximación”, González Luna resalta una vez más la línea argumentativa de su trabajo, la cual propone que tanto el espacio como la violencia son mediaciones que se

²¹ *Ibidem*, p. 102.

²² Véase Bolívar Echeverría, “Violencia y modernidad” en Adolfo Sánchez Vázquez, *op. cit.*, p. 367.

²³ Fabián González, *op. cit.*, p. 102.

²⁴ *Ibidem*, p. 103.

interrelacionan en la reproducción social. Después vuelve a mencionar que en los abundantes análisis sobre la violencia directa se ha hecho énfasis en la descripción de las consecuencias de estos procesos, como si la violencia subjetiva fuera externa a la estructural.

Lo anterior se ejemplifica con algunas escuelas y enfoques de pensamiento que han estudiado la violencia y su espacialización. Así, la Escuela Cartográfica de Criminología fortaleció la construcción de ciertos estigmas sobre las personas y los espacios. La Ecología Humana señalaba que las anomalías tenían que ser reguladas sin que se gestara una verdadera comprensión de sus raíces, mientras que las visiones conductualistas consideraban que a través de estrategias geopreventivas se podrían reproducir espacios para fomentar o inhibir las prácticas delictivas.²⁵

Posteriormente, González reafirma la idea de que el capitalismo ha tenido que generar espacios para sobrevivir y expandirse. En ese sentido, la producción del espacio ha sido enajenada por medio de la privatización del mismo, lo cual ha contribuido a la caracterización, simbolización y entendimiento de los territorios de formas diferenciadas. La ciudad es un ejemplo sin precedentes de cómo se producen espacios de manera violenta para garantizar la reproducción del sistema capitalista, debido a que es en este territorio donde se gesta, de manera más profunda, la concentración y centralidad de los procesos de acumulación capitalista.

Las ciudades existían antes del capitalismo; no obstante, sus procesos y lógicas se refuncionalizaron con el proceso de industrialización. Así, lo urbano se ha reducido al consumo de la ciudad, pero bajo esta lógica no todas las personas pueden ser propietarias. De esta manera, a pesar de que el territorio se produce socialmente y, por lo tanto, debería ser común éste ha sido reapropiado bajo la lógica de la privatización. David Harvey señala que para que los capitalistas puedan producir plusvalía también tienen que producir excedentes.

Esto significa que el capitalismo está produciendo perpetuamente el producto excedente que la urbanización requiere. La relación inversa también se cumple. El capitalismo necesita la urbanización para absorber los productos excedentes que perpetuamente produce. De esta manera, surge una conexión interna entre el desarrollo del capitalismo y la urbanización.²⁶

Así, como indica González, se gesta un valor de cambio sobre la reproducción social que despoja de bienes, “destruye códigos de significación, subordina formas de pensar y de producir de acuerdo a las necesidades de valoración”.²⁷ La espacialización

²⁵ *Ibidem*, p. 144.

²⁶ David Harvey, *Rebel Cities*, Verso, Nueva York, 2012, p. 5 (trad. libre).

²⁷ Fabián González, *op. cit.*, p. 147.

de la violencia diferencia y jerarquiza el tejido socioespacial para dirigir la reproducción social bajo los parámetros de la regulación hegemónica del capital. “Se trata de un desarrollo geográfico desigual como una estructura-estructurante encaminada a resolver la contradicción entre la realización del capital y la praxis creadora del trabajo en favor del primero, enajenando y degradando la capacidad de creación del mundo social”.²⁸

Esta pulverización del tejido social fomenta la apropiación de plusvalías generadas socialmente. Así, bajo la lógica del capitalismo, la renta se basa en el monopolio que mantienen ciertos sectores que se apropiaron de la reproducción social del espacio sobre los demás.²⁹ Según González Luna, el espacio se instrumentaliza de manera estratégica por medio de su valoración, de la creación de rentas culturales espacializadas y de la implementación de dispositivos de control y disciplinamiento. Es decir,

la producción del espacio (considerando sus tres momentos o dimensiones) representa un mecanismo de realización de la violencia estructural a partir de formas-funciones espaciales específicas que organizan y dan sentido a una espacialidad homogénea vacía, caracterizada por la imposición de la valorización del espacio, la búsqueda de rentas culturales espacializadas y la generación de dispositivos espaciales de control sobre las condiciones de reproducción de la vida material y simbólica de las comunidades subordinadas.³⁰

En su último capítulo, “Notas sobre la espacialidad de la violencia en la ciudad neoliberal”, el autor analiza al neoliberalismo como una forma momentánea del aplazamiento de la crisis del capitalismo que ha pasado de una economía de acumulación a una de despojo, lo cual, a su vez, ha fortalecido la violencia estructural. En este contexto, el Estado continúa “la piedra angular del dominio del capital”. Sin embargo, las dinámicas de las ciudades han cambiado; de hecho, a partir de los noventa, la urbanización de las ciudades latinoamericanas se ha vinculado más con la reproducción de la pobreza que con la generación de empleos, como sucedía antes. Los espacios siguen siendo instrumentalizados para continuar con el despojo y control socio-espacial y en algunos casos estos procesos de criminalización se han relacionado con los intereses de grandes corporaciones internacionales.³¹

En este apartado, González vuelve a resaltar que la fragmentación y pulverización del espacio permite la reproducción capitalista, generando el cercamiento de los diferentes espacios y la profundización del desarrollo desigual entre, por un lado, los espacios conectados y con servicios y, por el otro, los espacios olvidados por completo. En las ciudades se han intensificado la segregación y discriminación, pero

²⁸ *Ibidem*, p. 156.

²⁹ Véase David Harvey, *op. cit.*, p. 90.

³⁰ Fabián González, *op. cit.*, p. 157.

³¹ *Ibidem*, pp. 171-175.

el proceso es estructural y no exclusivo o propio de estos territorios que anteriormente habían sido privilegiados por la modernidad capitalista.

Si consideramos que la desigualdad socioespacial es parte de la crisis sistémica, “y bajo la premisa de que así como participamos y somos parte de la actual crisis civilizatoria y, por lo tanto, podemos contribuir a su superación a la creación de una nueva realidad”,³² es necesario que también se piensen formas diferentes, alternativas justas, que permitan una reproducción social que garantice la seguridad y desarrollo de todos los pueblos.

En todo caso la gran crisis es un llamado a la acción. Ante lo duro, ante lo tupido de las calamidades que nos aquejan nadie puede hacerse sordo y nadie puede mirar para otro lado y decir esto no va conmigo. La gran crisis no es un tropezón más, está en riesgo la especie humana. Y en esta lucha por salir del atolladero y encontrar un rumbo nuevo que nos lleve a un mundo más habitable, un mundo más soleado, habrá avances, habrá retrocesos, pero en esta batalla no podemos darnos el lujo de perder.³³

A pesar de que la reproducción socioespacial es dominada por la hegemonía capitalista, hay espacios negativos, entendidos como aquellos en los que las relaciones sociales se rehúsan a “someterse a la epistemología que alimenta la geopolítica imperial y tradicional”³⁴ y que, por lo tanto, se niegan a su proceso de homogeneización. Por esta razón, las relaciones sociales en estos espacios están colocando a la solidaridad y la cooperación como elementos esenciales para la reproducción socioespacial.³⁵

El libro de González Luna es una contribución indispensable para Relaciones Internacionales no sólo por su enfoque transdisciplinar, sino porque analiza la materialización de las dinámicas de poder, a través de la praxis social, en el mundo actual. De esta manera, *Geografía y violencia. Una aproximación conceptual al fundamento espacial de la violencia* proporciona bases teórico-metodológicas que permiten entender nuestra realidad y proponer alternativas que reinterpreten y reformulen las reproducciones socioespaciales, las cuales, actualmente sólo benefician a una pequeña élite en detrimento de la vida de todas y todos los demás.

Fabián González Luna, *Geografía y violencia. Una aproximación conceptual al fundamento espacial de la violencia*, Monosílabo, Ciudad de México, 2017, 214 pp.

³² Raúl Ornelas, “Introducción” en Raúl Ornelas (coord.), *Crisis civilizatoria y superación del capitalismo*, IIEC-UNAM, México, 2013, p. 15.

³³ Armando Bartra, “Crisis civilizatoria”, en Raúl Ornelas (coord.), *op. cit.*, p. 57.

³⁴ Federico Saracho, “(Re) pensar la geopolítica crítica” en Efraín León Hernández (coord.), *op. cit.*, p. 166.

³⁵ Fabián González, *op. cit.*, pp. 182-187.

Fuentes consultadas

- González Luna, Fabián, *Geografía y violencia. Una aproximación conceptual al fundamento espacial de la violencia*, Monosílabo, Ciudad de México, 2017.
- Gramsci, Antonio *et al.*, *Selections from the Prison Notebooks*, International Publishers Co., Nueva York, 1971.
- Harvey, David, *Rebel Cities*, Verso, Nueva York, 2012, 187 pp.
- Hernández-Vela Salgado, Edmundo (ed.), *Política internacional. Temas de análisis I*, FCPYS/SITESA, México, 2010.
- Herrera Santana, David, *Hegemonía, poder y crisis. Bifurcación, espacialidad estratégica y grandes transformaciones globales en el siglo XXI*, Monosílabo, Ciudad de México, 2017.
- Lefebvre, Henri, “La producción del espacio” en *Revista de Sociología*, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona, núm. 3, 1974.
- Lefebvre, Henri, *La producción del espacio*, trad. de Emilio Martínez Gutiérrez, Capitán Swing, Madrid, 2013.
- León Hernández, Efraín (coord.), *Praxis espacial en América Latina. Lo geopolítico puesto en cuestión*, Itaca, México, 2017.
- Mamdani, Mahmood, “Darle sentido histórico a la violencia política en el África postcolonial”, *dossier*, Centro de Investigación y Docencia Económicas, México, 2003.
- Ornelas, Raúl (coord.), *Crisis civilizatoria y superación del capitalismo*, IIEC-UNAM, México, 2013.
- Sánchez Vázquez, Adolfo, “Praxis y violencia” en *Filosofía de la praxis*, Grijalbo, México, 1967.
- Santos, Boaventura de Sousa, *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la postmodernidad*, trad. de Consuelo Bernal, Siglo del hombre editores, Bogotá, 2012.
- Žižek, Slavoj, *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, trad. de Antonio José Antón Fernández, Paidós, Buenos Aires, 2009.